

# EL HEROE DE LA CIUDAD

I

Por Carlos VALDES

Dibujos de Héctor XAVIER

**C**ARTA de la madre del héroe al gerente de la Compañía Naviera:

Si usted es padre, sabrá que somos capaces de cualquier cosa por los hijos. Ni siquiera me avergüenza insistir; todas las madres en mi lugar harían lo mismo.

Lo repetiré hasta el cansancio: mi hijo es inocente. Debe haber un error en el fondo de este bochornoso asunto. Si él fuera culpable, me lo hubiera confesado. Algo le obliga a callar. Ignoro sus motivos; pero no dudo que sus intenciones sean puras. Las circunstancias obligan muchas veces a guardar silencio, aun contra los propios intereses.

Que mi hijo se haya declarado culpable no prueba definitivamente su culpabilidad. La mayoría de estas confesiones son arrancadas bajo la presión moral o física. Ustedes necesitaban a cualquier precio una víctima, la encontraron en mi hijo. Si no, ¿cómo explicar tanto ensañamiento? Ustedes han recobrado su dinero; él sigue en la cárcel.

Encontraron el dinero robado en el escritorio de mi hijo. Esta tampoco es una prueba definitiva. Alguien pudo haberse-lo dado a guardar, o lo puso allí un perverso de los que no faltan en ninguna parte.

Me sorprende que una persona justa, como usted, haya olvidado los años de servicio que prestó mi hijo. Aunque fuera culpable, ¿toda su vida honesta no absolvería un solo momento de locura?

Considero a mi hijo un héroe y un mártir.

El mediocre puede dormir tranquilo con la certeza de que no lo molestarán. Cuando alguien se distingue por sus cualidades, la envidia lo acecha.

Mi hijo era imaginativo, sus compañeros lo apodaban loco. Hasta los niños ricos que poseían todos los juguetes envidiaban el único que no tenían: la imaginación. Mi hijo solitario, amargado, se encerró en sí mismo. Lo oí platicar muchas veces con las estrellas. Naturalmente yo —madre cauta— nunca fomenté sus fantasías; pero me halagaba que él hablara con los astros. Al niño sin imaginación más le valiera ser animalito. En su adolescencia, quizá ya harto de sufrir, arrojó al fuego sus queridos cuentos de aventuras. Mi hijo se propuso ser igual que los demás; no distinguirse en nada. Fue a la escuela, se empleó en una oficina, marcó su tarjeta puntualmente. En fin, se convirtió en un modelo de prudente mediocridad. Pero, ¿puede alguien ignorarse a sí mismo por mucho tiempo?

Mi hijo se volvió tímido y reconcentrado. Que no alternara con sus compañeros de oficina era para mí demasiado significativo. Adivinaba que su silencio encubría fuerzas trágicas.

Mientras que el defensor alegaba locura, el fiscal pretendía que él era plenamente responsable de sus actos: disolución social, robo y abuso de confianza. Al margen de discusiones abogadiles, que ayudan muy poco a la verdad, yo afirmo que mi muchacho estaba loco. Sí, porque pretendía imitar a sus compañeros. Por más que se esforzó no logró ser tan me-

diocre. Ese fue su verdadero delito: no poder idiotizarse totalmente.

Los individuos más irreprochables a veces cometen repentinas locuras. Usted habrá leído en los periódicos de sacerdotes que violan adolescentes, de señoras que se fugan con el chofer, de cajeros que desaparecen con los fondos. Estos delinquentes no obtienen ningún provecho, ni siquiera son viciosos, y experimentan gran placer en entregarse a la policía. Creen —se los dicta su conciencia atormentada— que sólo la vergüenza pública es un castigo condigno para quien ha destruido lo más valioso de su persona. Con un delito apócrifo intentan desviar de su verdadero crimen la atención propia y ajena.

Las leyes son oscuras y la justicia dudosa. ¿Cómo se define el robo? Sabemos que robar es apoderarse del bien ajeno. Pero, cambiarlo de sitio, ¿acaso es robar? No acusa de robo el amo al criado que mueve de su lugar una silla, ¿verdad? Pero usted sí acusó a mi hijo, aun suponiendo que él haya sido, por haber cambiado de sitio unos pesos.

La ley, celosa guardiana, declara sacrílegos a los que tocan la propiedad. Mi hijo lo sabía. Se valió de este medio para obtener un castigo sin perjudicar verdaderamente a nadie.

Usted es el verdugo de un inocente. Mi hijo lo está obligando a desempeñar este papel poco digno. Olvide la falsa honra, los supuestos intereses de una sociedad ofendida; dese cuenta de la broma grotesca que le está jugando. Al menos tenga piedad de usted mismo.

Pensará usted que vi serenamente desempeñarse a mi hijo en el abismo, que no

hice nada por evitarlo. Se equivoca. El hijo no es arcilla que la madre modela a su antojo, sino un árbol que crece según su propia naturaleza, echa ramas por donde quiere. La madre, alegre o afligida, es una espectadora impotente, un ave que anida en el árbol; pero no es un jardinero, leñador, ni ebanista. Las tareas dolorosas se las deja a otros. A la madre sólo le queda aceptar al hijo tal cual es.

En una ocasión intenté salvarlo. Lo induje a que siguiera una carrera artística. Las consecuencias fueron funestas: su fracaso fue la gota que derramó el líquido. Tal vez la causa de que se rebelase; quizá sin esto se hubiera conformado con su existencia mediocre. No estoy segura. Pero, de todas maneras, mi hijo siempre será mi hijo.

Si las leyes fueran justas, yo estaría presa en lugar de él. No me importaría. Mi corazón de madre desea ardentemente que al hijo se le haga justicia verdadera.

II

*Carta del gerente de la Compañía Naviera a la madre del héroe:*

Señora, admiro y respeto sus sentimientos de madre.

Ante todo deseo que comprenda mi posición. No soy un ogro ni un sentimental. Soy el gerente, idóneo y razonable, de una sociedad anónima. Si tuviera otro carácter, no podría desempeñar, ni me hubieran confiado el puesto que ocupo.

Usted parece ignorar que la sociedad anónima se estableció con el fin único de obtener ganancias y rehuir las pérdidas dentro del límite natural que impone la ley, y no es, de ninguna manera, una institución cultural ni de beneficencia.

Como gerente mi deber consiste en atenerme a los hechos categóricos: presentar un balance de cifras claras y exactas. Los socios me ocupan, porque en el ejercicio de mis funciones me porto razonable, frío y calculador. Los sentimientos y los ideales altruistas los reservo para mi hogar.

Señora, soy un funcionario; como tal sólo me interesa la conducta del empleado en las horas de oficina, no la vida privada de su hijo. Quizá ésta sea irreprochable; pero él ha sido un mal empleado. Yo, en nombre de la Compañía, debo escarmentar a los empleados infieles para prevenir futuras pérdidas.

Perdone que sea tan poco diplomático y aun crudo. Pero quiero hacerle comprender que su insistencia sería inútil. Yo debo mi tiempo a los intereses de una Compañía que sólo entiende de hechos. Estaba por añadir que "la Compañía no desea perder un solo minuto en un mal empleado". Pero extralimitándome en mis funciones —espero que este esfuerzo resulte un ahorro de tiempo y energía para ambas partes— le diré que en mi calidad de particular comprendo perfectamente todos sus puntos de vista. Si juzgamos a su hijo con un criterio desinteresado, muy bien lo podemos considerar un héroe. En lo particular siempre he visto con buenos ojos a quienes no aceptan un destino oscuro. La inconformidad bien encauzada es la fuente del progreso. Tal vez él posea facultades para desempeñar un alto puesto; pero de lo que sí estoy seguro es de que no supo elegir el camino



adecuado. Cuando los hombres se apartan de las vías comunes para lograr el éxito, terminan donde él. Si hubiera sabido emplear sus energías, ahora sería próspero y feliz.

Su error fue haber callado; o más bien haber hablado una vez, luego haber hecho uso de un silencio obstinado. El que habla debe seguir para no comprometerse; así los demás no tienen tiempo de juzgarlo. El silencio por regla general se interpreta desfavorablemente. Pero su hijo, señora, adoptó la peor línea de conducta. Con sus palabras se condenó a sí mismo; luego con el silencio reafirmó su culpabilidad.

Los cambios de conducta han sido la equivocación más grave de su hijo. Si desde un principio hubiera adoptado un silencio absoluto, tendría fama de santo y de mártir, y no de obstinado y orgulloso.

La mayoría considera que la imaginación no pasa de ser un juguete, hasta peligroso, pero, en realidad, es la fuerza que mueve el progreso. Un comerciante sin imaginación no vale nada. Lo único funesto es confundir la imaginación con la realidad.

Si él se hubiera franqueado conmigo a tiempo, yo lo hubiera ayudado. Ahora es demasiado tarde. Debo responder ante mis superiores. Y los hechos no pueden borrarse en el balance de una compañía.

Usted afirma que soy verdugo sin saberlo. Pero, ¿quién no lo es en un sistema donde rige la ley del más fuerte? Prefiero verme en el papel de verdugo que en el de víctima, papel que mis subordinados aplaudirían ardientemente.

Perdone, señora, mi despiadado lenguaje; pero acostumbro tratar con realidades desnudas y no con sentimiento. Vivimos en un mundo cruel donde se acostumbra que el pez grande se coma al chico, bajo pena de ser devorado por otro más grande.

Si yo no lo hubiera enviado preso los accionistas me hubieran puesto en su lugar.

### III

#### *Carta de Mercedes al héroe:*

Has devuelto mis cartas sin abrir. Yo te pido una razón. "Se acabó", me dijiste. No he podido sacarte una palabra más. Conducta inexplicable. Si quieres terminar nuestras relaciones, ¿por qué no me dices el motivo?

Los hombres son niños caprichosos y absurdos; pero tú has sobrepasado toda medida. El interés que deposité en ti me lo has pagado con un desprecio de la peor clase; sin grosería, sin calor; sólo frialdad, mudez. Un día, sin razón, te atrincheraste en el silencio. No quisiste hablarme cuando perdiste tu empleo, ni en el juzgado, ni ahora respondes mis cartas.

No conozco a nadie más egoísta y vanidoso. Los que cometen faltas tratan de enmendarlas; pero tú te empeñas en sostener las tuyas con un silencio glacial. Crees que la terquedad te eleva a la categoría de héroe.

El amor enaltece. Si me hubieras amado, no te encontrarías donde estás. Pero eres un egoísta incapaz de amar. Fracasaste en la pintura por vanidoso. Pintar tu autorretrato era todo lo que te impor-



taba, recrearte en tu imagen idealizada. Desististe porque no sabías amar; quien ama no admite la derrota.

Debes sufrir mucho en esa soledad a la que te has condenado. Yo te tiendo mi mano generosa; tú la rechazas. Yo represento la felicidad: las virtudes domésticas, los hijos, la belleza; tú cierras los ojos a todos los encantos de la vida. Como un condenado te entregas a la desesperación, gozas en el dolor. Te perdono porque te amo. Espero que recobres la cordura. Alguna vez mis cartas descorrerán la venda que cubre tus ojos; podrás sentir la belleza y la felicidad que inunda la existencia de los que aman.

### IV

#### *Carta del héroe a Corina:*

Usted ha venido a visitarme. Ignoro si se enteró de mi verdadera personalidad. Pero dudo que existan seres visionarios capaces de descubrir la grandeza cuando se oculta bajo un aspecto miserable. Usted me ofendió su amor sin sospechar mi futura gloria. Aunque usted es una mujer sin méritos notables, agradecido prometo que no la olvidaré, y que con discreción me acompañará siempre. Le juro —con la mano sobre *La Biblia*— que moriremos en una misma fecha. No la perderé, ni usted mirará mi astro consumido.

Cuando suba al poder, muchos se disputarán el honor de sentarse a mi derecha. Ahora que vivo oscuramente todos me miran con desprecio. La soledad es el destino de los grandes.

Desde niño comprendí que pertenecía a una casta superior. Lo supe gracias a las señales luminosas que veía en las noches. Mi madre pensaba que eran visiones de anemia; pero mi abuela, más sabia, aseguraba que eran el testimonio de mi grandeza: todos nuestros antecesores las habían visto cuando estaban predestinados a llegar muy alto.

Pasaron muchos años y no volví a ver las luces que cruzaban el cielo de mi infancia. Pero hace poco reaparecieron llenándome de inquietudes. Eran la señal del destino que transformaría en héroe al oscuro empleado de la Compañía Naviera.

Ahora espío el cielo a través de mi ventana enrejada: espero la señal definitiva, cuyo significado yo solo comprenderé. Será el aviso para el verdugo. Millares de cabezas caerán; ascenderé sobre ellas hasta mi trono. Mis enemigos duermen tranquilos sin imaginar los tormentos que les reservo; haré que llueva fuego sobre sus cabezas.

Los judíos serán los primeros que experimentarán mi venganza. Un miembro de la raza maldita negó mi talento artístico, y la Compañía Naviera (descendientes de Judas) me confinó en esta cárcel.

Para su pequeña mentalidad burguesa fue incomprendible que el futuro amo del mundo necesitara *préstamos* en su campaña política. Borrará de la tierra a su raza.

Algún día los hombres de todas las naciones me proclamarán su señor único. Los sacerdotes se disputarán el honor de ungirme soberano. Mis enemigos preferirán ayes de dolor, suplicando misericordia a gritos. Seré sordo a todas las súplicas; el buen gobernante es generoso en el castigo y parco en el premio.

Desde mi balcón imperial arengaré a los súbditos. Halagaré a la multitud; le prometeré que será feliz dentro de un plazo indefinido, de otro modo protestaría cuando le racione el pan. Tener amo es un lujo, pero esos malagradecidos ni siquiera comprenden los sacrificios que el Príncipe hace por sus súbditos. Yo les diré:

—Mañana habrá pan en abundancia. Ahora diviértanse frente al cadalso hasta que muera el último de nuestros enemigos.

v

#### *Carta de Corina al héroe:*

Su carta me ha seguido por todo el país. Y hasta hoy, después de tanto tiempo, la he recibido.

Como conseguí un empleo de visitadora penal no puedo desperdiciar un solo día. Aprovecho mi precioso tiempo yendo de un lugar a otro. Ahora se ve cumplido el ideal de mi vida: proporcionarle consuelo a todos los criminales del país. Le aseguro que no tengo preferencias injustas. Ladrones, asesinos, falsificadores, y toda clase de delincuentes, reciben mi amor por igual. Admiro a quienes son capaces de realizar sus deseos. La depravación es la única actividad verdaderamente heroica. La gente que nunca ha tenido el valor de cometer pecados, sólo merece mi desprecio. Todos ellos son unos hipócritas que ocultan su debilidad detrás de una máscara de afectada virtud.

Confieso que me extrañó mucho recibir su carta. Los prisioneros nunca se acuerdan de mí, a no ser que busquen una cómplice en el exterior para la fuga. Pero yo no les ayudo; los prefiero en la cárcel, donde están siempre a mi disposición. Si los ayudara a escapar, jamás los volvería a ver.

Su carta me ha desilusionado terriblemente. He sido víctima de un engaño. Ya no se puede tener confianza en las sentencias de los jueces. Usted debería estar en un manicomio. Me repugna pensar que me he acostado con un loco en lugar de con un ladrón.

Hace mucho creía que los locos visionarios (casi siempre estafadores) pertenecían a la misma clase de los ladrones hechos y derechos. Pero me equivocaba. Tuve una amarga experiencia. Conocí a un tipo que se hacía pasar por enviado del Señor. Yo le ayudé a realizar las colectas pensando que huiría con el dinero, pero no. Antes de pegarse un tiro, entregó el producto de sus estafas al asilo de pobres.

Amigo mío, ahórrese sus promesas; no soy una niña. Sólo encontraría a su lado el asco moral. Entre usted y un político no hay mucha diferencia. Sólo que ellos son más astutos; no suelen sorprenderlos con las manos en la masa.

# EL NOVELISTA Y SU AMBIENTE

(viene de la pág. 2)

he puesto invariablemente en mis novelas, el lenguaje popular intencionalmente usado hasta en aquello que sólo tiene de narrado por mí mismo, cosa que a menudo la crítica tradicional me ha vituperado, pero que no sé porqué con igual facilidad que me entra por un oído se me escapa por el otro.

Es el caso de una muchacha levantada en el arroyo: su tragedia es la tragedia vulgar de esos seres nacidos en el estercero que a los primeros rayos del sol se marchitan y mueren: se trata de Altagracia, llamada por mal nombre "La Malhora", nacida con la herencia de muchas fallas físicas y mentales, madurada con la educación y moral de los hampones metropolitanos. Brutalmente violada por uno de ellos cuando apenas comienza a ser mujer, acaba de perder los restos de equilibrio que le quedan y bajo la obsesión abrumadora de la venganza forja una vida destinada al asesinato del hombre aborrecible que tronchó de su tallo la flor en botón apenas. Pero el golpe le falla y los papeles se invierten: el culpable es ahora dos veces culpable y consuma nuevo crimen con crueldad y maestría para que no quede huella alguna de él, embriaga a su víctima e, indefensa, después de desnudarla la deja tirada en una cruda helada de enero.

Con esta previa aclaración viene en seguida una escena:

"Esposas, mordazas, resortes de acero en la nuca invertida. Hierro, frío, carne, huesos, todo una. Enfrente el de los cabellos crispados con otra cabellera de sangre líquida en el extremo agudo de su puñal. Ella además. Sí, ella con sus dientes de porcelana y su estridente risa de loba. ¡Ella! ¡Y no poder estrangularla siquiera!

Fue cuando las ramas abiertas del abre-boca le desgranaron los maxilares haciéndola retraer los ojos dentro de sus hornacinas. Las quijadas chocan, las alas de la nariz se repliegan horrorizadas.

—No... ¡ya no! ¡Piedad! ¡Que no quiero ya!...

Cuando ésa, la de los dientes de loba, no le quita su risa de berbiquí de enmedido del corazón.

—Que no... que no quiero... que mejor me dejen morir...

Un momento de eternidad o de tregua... oscuridad y silencio de un cerebro apagado.

Y vuelve: el mismo film que se repite una, diez, cien y miles de veces... Allí, muy lejos, una voz muy sorda:

—¡Animo, ánimo!... Ya vuelve en sí... Otro traguito... Un traguito más...

—¡Que no quiero!

Los muros deberían retemblar a los gritos. En realidad sólo son unos pobres labios exangües que se remueven en vago e ininteligible murmullo.

Las fricciones de hielo vuelven a rubricar el mármol lívido de sus carnes heladas. Abrebocas, pinza de lengua, respiración artificial y un gran suspiro de desahogo:

—Bendito sea el Señor, la hemos salvado... Animo, mujer, otro poquito de vida que le devuelva el calor.

La voz de una dama piadosa y ociosa y redentora de muchachas descarriadas.

—Que no quiero vino... que no y que no... ¡Madre mía de la Conchita, yo te juro que no he de volver a probar gota mientras... mientras... mientras...

Y se calla agotada otra vez.

Pero ya Altagracia, La Malhora, se ha salvado."

Daba los últimos toques a esta novela cuando como por milagro se me presentó la oportunidad más feliz para la realización inmediata de mi anhelo. Algunos jóvenes literatos convocaron a un concurso de novela con el premio... fabuloso de cien pesos!... En ese tiempo la novela era género poco o nada cultivado en nuestro medio: por lo que concebí las más fundadas esperanzas de un éxito. El honorable jurado presidido por el famoso polígrafo licenciado don Alfonso Teja Zabre acabó de darme ánimo. Mi éxito estaba asegurado. En efecto, obtuve una sorpresa como pocas he tenido en mi vida de viejo batallador: el Jurado declaró desierto el concurso.

No vacilé un momento más e hice una fogata con cuantos papeles tenía referentes a las letras. Y cuando más dudé de mi capacidad para la novela, brusca e inesperadamente vino el éxito. Habían transcurrido algunos meses de mi auto de fe; adolorido todavía, pero ya dedicado en mis ocios a cultivar humanidades, en lo que sí fui y sigo siendo un lego, ora por aversión o indolencia, ora por que mis deberes profesionales no me permitían esa clase de estudios y posteriormente en estos últimos años por la pereza propia de la larga edad. Estaba, pues, muy entretenido con el teatro de Sófocles, Eurípides y Aristófanes, ya en franca convalecencia cuando Gregorio Ortega en entrevista con el poeta Rafael López obtuvo un consumado elogio de *Los de abajo*. Pocos meses después Francisco Monterde atrajo más poderosamente la atención de los escritores y del público sobre dicha novela, resultando que por camino distinto del que yo había seguido se realizaron mis deseos. Reincidí inmediatamente como era de preverse; escribí *El desquite*, otra pequeña novela con la misma técnica usada en *La Malhora* y mucho más acentuada en el procedimiento. La publicó una revista literaria y recibí cincuenta pesos como pago de derechos de autor. *La Malhora* que no tuvo mención alguna en México fue bien acogida en el extranjero. Conservo recortes de lo escrito sobre ella por Alfonso Masseras y por Valery Larband que me aliviaron mi tristeza de haber perdido los cien pesos del concurso de marras. *El desquite* en cambio no obtuvo éxito ni en México ni fuera de México, por lo que, con esa tenacidad que en opinión de algún crítico teatral caracteriza mis merecimientos de escritor, compuse en seguida otra *La luciérnaga*. Nunca me estimularon los éxitos y siempre fueron mi acicate los fracasos. Vencer los obstáculos que estorbaban mi camino ha sido quizá uno de mis más grandes placeres y la crítica apasionada e injusta me regocija y me hace reír con rara euforia.